

Discos

El oleaje del tiempo

CANTO GREGORIANO: PRIMA MISSA IN NATIVITATE DOMINI NOSTRI JESU CHRISTI (Archiv Produktion - 198153 SAPM Stereo).

Archiv Produktion es una rama del Departamento de Musicología de la Deutsche Grammophon Gesellschaft, con sede en la ciudad alemana de Hannover. Su especialidad consiste en el esclarecimiento y difusión de las fuentes del arte musical a través del disco, y su primera etapa ha sido el cántico litúrgico cristiano, tal como lo codificó el Papa San Gregorio Magno, muerto en 604.

La discografía comercial es parca en esta materia, y de ahí la trascendencia de este registro, efectuado del 7 al 9 de setiembre de 1959 en las majestuosas naves de la archi-abadía de San Martín de Beuron, en Suiza, por el coro de 38 monjes benedictinos que dirigió el Reverendo Padre Dr. Maurus Pfaff O. S. B.

El registro incluye la versión completa de la primera misa del día de Navidad, comúnmente llamada "del gallo", según la inspiración de un ignoto compositor medieval. La magra textura sonora, apoyada en líneas de fuerza tensas como nervios, revela el parentesco cercano con el arcaico canto de las sinagogas hebreas, levemente teñido de bizantinismo por su paso a través de los monasterios griegos.

Pero los 49 minutos y 38 segundos de esta misa gregoriana del gallo no sólo documentan perfectamente un testimonio histórico de insuperable valor, sino que explican también la forma en que la Orden de San Benito mantiene hoy en vigencia los esplendores sonoros del pasado. La tersura de la ejecución responde prolijamente al brio de las pujantes voces masculinas que retumban bajo las bóvedas de la abadía, cuya vibración semeja, por momentos, un inmenso oleaje armonizado. ♦

Teatro

Los agujeros de la cólera

A mediados de 1931, en la localidad afro-española de Melilla, sobre el Mediterráneo, nació un niño cuya infancia estaría acechada por la más empeñosa guerra civil del siglo XX. No tenía Fernando Arrabal cinco años de edad cuando, precisamente en el Casino Militar de su ciudad marroquí, el general Francisco Franco encendió las primeras hogueras que iban a abrasar a España hasta el fin de la década.

Posiblemente, de esos primeros años alucinantes le quedó a Arrabal la empecinada costumbre de retornar al pasado, de arrancar de entre los símbolos puros y violentos de la niñez los elementos para sus ficciones. Cuando el joven exiliado cruzó los Pirineos para sumergirse en los densos aires de Pa-

rís, hace diez años, ya llevaba en su maleta algunos confusos borradores, agujereados por la cólera y el despecho.

Tuvo que esperar hasta 1961 para que toda esa cólera se le volviera amor, para que de toda esa confusión surgiese un universo de limpidas aristas poéticas: el estreno de *Picnic en el campo*, en el Teatro de Poche, precipitó sobre Arrabal los encendidos elogios de toda la crítica de vanguardia, que lo inscribió inmediatamente en la corriente que arranca de Alfred Jarry y se prolonga en Ionesco y Samuel Beckett. "Pero este joven español —dijo entonces el crítico Poirrot Delpech, de *Le Monde*— enriquece la tradición del absurdo. Sus pequeños nómades perseguidos dan una forma dramática original a la pesadilla que representan para la infancia los misterios de orden adulto."

Sin embargo, junto con el reconocimiento de la élite parisiense, no llegó para Arrabal el éxito masivo que ya por entonces paladeaba Ionesco: el autor de *La cantante calva* lo consoló en esa oportunidad, recordándole las



La Coronación: Un lúcido delirio.

burlas y la hostilidad que rodearon precisamente el estreno de aquella pieza. El 11 de mayo de 1950, Nicolás Bataille, al frente de "Los Noctámbulos", había desafiado al estricto público de París con una obra incoherente que, por añadidura, pertenecía a un tal Ionesco, desconocido residente rumano, de quien no se tenía más antecedente que su modesta labor como crítico teatral. Una década más tarde esa noche brillaría, para los más encumbrados historiadores del teatro contemporáneo, a la altura de la de "la batalla de Hernani", en la mitad del siglo XIX, o de la del estreno del *Ubú Rey*, de Alfred Jarry, en el invierno de 1896.

Alentado por esos antecedentes, y por la amistad que Ionesco y Beckett le dispensaban, el joven refugiado siguió escribiendo; fruto de ese trabajo fueron tres novelas (*El entierro de la sardina*, *Bal Babylone* y *La piedra de la locura*) y dos obras más de teatro, que le estrenó el Lutèce durante 1963 (*Fando y Lis* y *El triciclo*).

Hace escasas semanas, la profecía que Eugène Ionesco deslizó en los oídos de Arrabal, a modo de consuelo, pareció comenzar a convertirse en realidad:

en el teatro Mouffetard, el joven actor y director Iván Enríques acaba de poner en escena *La coronación*, la más reciente pieza del dramaturgo español. La obra tiene una estructura cíclica: termina donde comienza. En el intermedio, un hombre asume todos los momentos de su vida que lo llevaron a la adquisición del conocimiento, a su "coronación". La ascensión del protagonista es lenta y espinosa; los sueños y las pesadillas de su vida se encargan de recordárselo, mimando todas las escenas a su alrededor. Cuando la obra concluye, estas mismas sombras aparecen dispuestas a repetir la experiencia con cualquier otro mortal.

Curiosamente, *La Coronación* parece ir siguiendo el camino que promovió a *La cantante calva* desde su oscuro estreno por "Los Noctámbulos" hacia todas las capitales del mundo: recibida con disgusto por la gran mayoría de la crítica, se ha convertido en estos días en el centro tumultuoso de las polémicas del *tout-Paris*.

Sin prisa, paseando una melancólica mirada por la media tonelada de chatarra, ruedas de bicicletas y otros pertrechos que forman la escenografía de su obra, Arrabal se sustrajo al torbellino de la polémica para recordar a un grupo de amigos, la semana pasada, unas palabras del crítico de *Le Monde*: "Dentro de ocho años —había aventurado el crítico, la noche del estreno—, Jean Louis Barrault descubrirá esta pieza y todo París irá a aplaudirla en el Odeón."

Lo que quizá se descubra también, dentro de ocho años, es la medida de gratitud que Fernando Arrabal tiene comprometida con sus grandes predecesores: el gallego Ramón del Valle-Inclán y el flamenco Michel de Ghelderode. Ambos fueron los más desolados creadores de monstruos sobre la escena del siglo XX, los verdaderos precursores del teatro del delirio, del absurdo, de la crueldad. ♦

Cine

Entre la ternura y la fatiga

Desde la chata explanada pueden verse las derramadas caderas de la "Tour Eiffel", su largo cuello sombrío. En esa dirección, detrás de la *pastora de nubes* que amó Apollinaire, el Colegio Militar alza su masa severa. Pero paseando la vista en torno no hay otros horizontes para recorrer. La fornida herradura del Palacio del Trocadero cierra los otros tres puntos cardinales de la explanada y la tiñe de millares de franceses o turistas que diariamente colman ese rincón de París con variados objetivos: demorarse en las polémicas salas del Museo de Arte Moderno, asistir a los espectáculos del Teatro Nacional Popular, o visitar el siempre inquieto Museo del Hombre.

Precisamente en ese sector de la herradura, un nutrido grupo de aficionados al cine circuló durante toda la primera quincena de febrero; esos días del mes pasado fueron dedicados, en las salas del Museo, a la exhibición